


**Aquello que sobrepasa las fuerzas del historiador<sup>1</sup>**  
*Reseña de **El pasado no cabe en la historia**, de Sergio Rojas*



Sergio Rojas  
2024  
El pasado no cabe en la historia  
Palinodia  
Santiago  
280 páginas  
ISBN: 978-956-8438-2

Pablo Aravena Núñez<sup>2</sup>  
Universidad de Valparaíso, Valparaíso, Chile  
 <https://orcid.org/0000-0001-7373-4265>  
[pablo.aravena@uv.cl](mailto:pablo.aravena@uv.cl)

DOI: 10.5281/zenodo.13340464

Hace ya tiempo que el pasado se ha insubordinado, a la historiografía y a “la Historia en grande” (Kant), esa que de Lyotard para acá se ha dado en llamar metarrelato. Y hay a estas alturas explicaciones estándar: respecto de la historiografía; el develamiento de una falsa

<sup>1</sup> Texto leído el 1 de agosto de 2024, en el Auditorio Salvador Allende de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, con ocasión de la presentación del libro de Sergio Rojas, *El pasado no cabe en la historia*.

<sup>2</sup> Académico del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso. Actualmente Decano de la Facultad de Humanidades y Educación de la misma universidad.

objetividad, su complicidad con el poder, luego la toma de la palabra de los sujetos excluidos y, con ellos, la emergencia de los saberes sometidos. Y respecto del metarrelato; si todas sus variantes consistían en la emancipación y reconciliación de la humanidad, el siglo XX abundó en refutaciones (no habiendo ya religión laica tratamos de volver, impotentes, a una antigua espiritualidad tampoco disponible). Si agregamos a esto la “moda nostalgia” (Jameson) y el devenir mercancía del pasado, vía producción de patrimonio y el recurso de la cultura, tendremos un panorama mínimo que nos permitiría hacernos una idea de lo que significa el título del presente libro, pero no de lo que trata éste. Porque, como en sus anteriores escritos, el trabajo de Sergio Rojas se inicia en donde termina lo evidente y consabido. Entonces ¿qué es ese pasado que no cabe en la historia?

Trataré de aproximarme con dos pequeñas historias que este libro me hizo recordar, pero que no forman parte de su contenido, aunque consigna varias historias de semejante tipo (Quizá aquí una primera pista: son las pequeñas historias las que mejor se prestan para iluminar aquello que no cabe en la historia).

El año 2006 se estrenó en Valparaíso el filme *El lado oscuro de la Dama Blanca* del cineasta chileno, radicado en Canadá, Patricio Henríquez. Se trataba de un documental compuesto por varias historias que giraban en torno a la prisión y tortura en el buque-escuela *La Esmeralda* de la Armada de Chile post Golpe. El guion integraba relatos disonantes con la memoria martiriológica de la izquierda chilena: por ejemplo, la “historia de amor” entre una prisionera y su carcelero (denominada así por la misma sobreviviente, rechazando la tesis del síndrome Estocolmo). Otra es la historia del filósofo y político Sergio Vuskovic, quien al momento del Golpe era alcalde (comunista) de Valparaíso designado por la UP. Fue detenido el mismo once de septiembre, torturado ferozmente por nueve días en *La Esmeralda*, para

luego transitar a isla Dawson, los campos de Ritoque y Puchuncaví, hasta salir al exilio en Italia. La escena que me interesa destacar es la siguiente: luego de una reunión, la agrupación de exprisioneros políticos y familiares de detenidos desaparecidos deciden ir a casa de Vuskovic para solicitarle que se sume a una querrela en contra de la Marina. Vuskovic los recibe fraternalmente en su casa, pero se niega abiertamente ante la cámara, les dice que lo hagan si a ellos les sirve la justicia, pero que su camino es otro. Los miembros de la agrupación no saben qué decir, algunos lo encaran por amarillo (“cobarde”, se escucha más atrás). Vuskovic los observa y luego mira a la cámara mudo, pero tranquilo.

Ese mismo año (2006) Sergio Vuskovic reeditaba su libro *Un viaje muy particular. Comentario* (original de 1986 editado en Savona, Italia). Ese libro narra, mezclando registros filosóficos, testimoniales, e incluso místicos, la experiencia de la tortura:

Sigo gritando, pero la electricidad ya no me duele, por mucho que el otro me siga recorriendo toda la espalda con los electrodos. Gozo intensamente mi discreta victoria. De repente, soy consciente que es la cuarta vez que he tenido esta experiencia con el Pájaro Torturador: le había dejado antes, por tres veces mi cuerpo; en cada oportunidad bajo una amenaza de muerte; pero, aunque una neblina manaba de su faz pintarrajeada y de su uniforme de enmascaramiento (verde-rojizo-café), esa neblina envolvía mi cuerpo; pero no así mi conciencia. Había una neta separación: él disponía de mi cuerpo y yo de mi mundo interior. La soledad producida por el miedo era vencida por los recuerdos. En los recuerdos se ignora todo el tiempo (Vuskovic, 2006).

En una conversación, de varias que pude sostener con Vuskovic, me contó que el único puesto de trabajo que pudieron ofrecerle al llegar a la Universidad de Bolonia fue en un centro del departamento de filosofía en donde se investigaba sobre formas de conocimiento en estados alterados de conciencia. Sus colegas experimentaban con drogas, él lo hizo con la tortura y resultó el libro arriba citado.

En la edición del 2006 se incluye la transcripción de una entrevista hecha por una funcionaria de la Cruz Roja Internacional de visita en la

cubierta de *La Esmeralda* para acreditar el trato que se les daba a los prisioneros. Esta vez se trató de una autoedición de un tiraje de tres mil ejemplares, financiada por el propio autor y que repartió gratuitamente de mano en mano. Su principal objetivo –me confesó– era disponer públicamente la evidencia que comprometía en actos de tortura al Almirante Arancibia, en aquel entonces candidato a Senador, cargo en el que fue finalmente instituido.

Sergio Vuskovic no era un cobarde, su camino era otro. El de asumir lo irreparable y que, por tal motivo, no cabe en la historia. No omitió ni encubrió jamás, sólo se alejó de las formas institucionales que juzgaba normalizadoras.

Una segunda y última pequeña historia.

Eric Hobsbawm –historiador citado profusamente en este libro– como sabemos es el autor de quizá la mayor obra de referencia para el estudio de la historia contemporánea, su *Historia del siglo XX* (1999). Si bien la obra incorpora un epígrafe inicial de Primo Levi (*Los hundidos y los salvados*), ya dentro del libro pocas o nulas referencias se pueden encontrar sobre “el” acontecimiento del siglo XX: la Shoah, Auschwitz.

Se trataba –como el mismo historiador lo revelaría más tarde– de una omisión deliberada o, más bien, de una imposibilidad asumida. Diez años después de la primera edición inglesa de *The age of extremes: The short twentieth century, 1914-1991*, Hobsbawm (1994) se refería al problema en una conversación sostenida con el periodista francés Antoine Spire:

[Antoine Spire:] En la apertura de la Historia del siglo XX, cita a Primo Levi. [...] Naturalmente, pensé que usted hablaría de los campos, pero no hay ni una palabra sobre el tema [...] ¿Cómo es posible que la situación del hombre de los campos no haya merecido su atención?

[Eric Hobsbawm:] Precisamente es la cita de Primo Levi lo que explica eso. Lo que es posible hacer es el análisis, la génesis del fenómeno del genocidio, cómo fue organizado, cuáles fueron sus motivaciones, etc. Pero en mi opinión, el hecho

del genocidio y la misma experiencia de los campos de concentración superan las palabras. Intencionadamente, no he querido describir esas experiencias, esos acontecimientos inexpresables, y en el libro he procurado, en la medida de lo posible, mantenerlo. Pero la Shoah, las matanzas de decenas de millones de personas en las guerras –en el fondo, incluso si se trata de las dos guerras mundiales—, todo eso, sobrepasa en mi opinión las fuerzas del historiador. Es cierto que el historiador está obligado a registrar el hecho, pero los hechos, en este caso, están suficientemente registrados. [...] Para mí, digamos que es el contexto histórico más que el fenómeno existencial lo que me interesa, porque es imposible, sobre todo para alguien que ha vivido una vida bastante tranquila, reproducir cosas bastante irreproducibles. En cierto sentido me sentiría hipócrita si lo intentara hacer (Hobsbawm, 2004, pág. 42-44).

Así como Vuskovic no era un encubridor, Hobsbawm no era un negacionista. Si se les hubiese propuesto la fórmula de que ese pasado no cabía en la historia, seguramente la hubiesen aceptado, sus análogas formas de proceder nos autorizan a hipotetizar en esta dirección. Sus elecciones están guiadas por una ética más que por una epistemología, o, mejor aún, sus opciones apuntan a una ontología estallada, nos indican aquello que no podía ser, pero que aconteció. En cualquier caso, ambas posiciones nos hablan de una violencia inédita, un mal que puede haberse efectuado con crueldad, pero para el que la crueldad ya no es una condición, no es ya la lógica de los móviles de la acción lo que nos puede acercar a la realidad sin precedentes de aquellos fenómenos.

Sostiene Sergio Rojas:

No son suficientes los particulares motivos humanos para dar cuenta de Auschwitz, Hiroshima o Chernóbil: ‘cuando hablamos del pasado o del futuro, introducimos en estas palabras nuestra concepción del tiempo, pero Chernóbil es ante todo una catástrofe en el tiempo’. Se trata de acontecimientos en los que propósitos y temores se tramam de tal forma con la técnica, que su ‘realización’ los proyecta en una escala no humana de comprensión. Entonces acaeció ‘lo que nunca debió suceder’. Precisamente esta es la cuestión que cruza este libro (Rojas, 2024, pág. 19).

Pero hay estudios sobre el mal radical y lo inenarrable, de los que quizá los trabajos de Agamben sean un paradigma: o damos cuenta del mal o,

mudos, lo adoramos como a un dios<sup>3</sup>. Entonces ¿Cuál es la novedad respecto de estas cuestiones que aporta el libro de Sergio Rojas?

Más adelante señala: “El pasado no cabe en la historia. No es un asunto aritmético” (Rojas, 2014, pág. 270). En efecto, no es porque haya mucho pasado que este no cabe en la historia, como si la historia fuera un contenedor que ha llegado a su límite, esta imagen no se corresponde con la relación que tiene el pasado con la historia, pues esta es siempre relato, por lo que también siempre jerarquiza y edita olvidando unas cosas para integrar otras. De modo distinto no sería posible una historia, de tal manera que la historia no tiene un punto de rebalse, pues siempre en un relato se puede reacomodar el pasado. El problema al que nos enfrentamos hoy, que es el centro del libro de S. Rojas, es que es el relato mismo el que se ha vuelto imposible por la magnitud –por la extraña cualidad– de un pasado con el que ya no se puede “hacer contabilidad”.

Pero de qué hablamos cuando decimos “magnitud”, “extraña cualidad” o “escala no humana de comprensión”. Un término se nos impone casi automáticamente: Auschwitz. Pero quizá hayamos llegado hace tiempo a un punto de saturación de tanto referirlo, hoy hasta las cosas más terribles pueden perder su sentido, sea por sobreuso o comercio (para el caso véase el filme *Llegaron los turistas* de Robert Thalheim, 2007, o *Zona de interés* de Jonathan Glazer, 2023).

Me parece, en cambio, que podemos aún asomarnos a esa escala no humana en los primeros treinta minutos de *Nostalgia de la luz* (Patricio Guzmán, 2010): aquí se superponen tres testimonios de los que podríamos llamar preliminarmente tres estratos del tiempo: el astronómico (mediante el testimonio del físico Gaspar Galaz), el “arqueo-

---

<sup>3</sup> “Decir que Auschwitz es ‘indecible’ o ‘incomprensible’ equivale a *euphemein*, a adorarle en silencio, como se hace con un dios; es decir, significa, a pesar de las intenciones que puedan tenerse, contribuir a su gloria. Nosotros, por el contrario, ‘no nos avergonzamos de mantener fija la mirada en lo inenarrable’” (Agamben, 2005, pág. 32).

histórico” (con el arqueólogo Lautaro Núñez) y, finalmente, el memorístico (con el testimonio del exprisionero del campo de Chacabuco Luis Henríquez). De estos dos últimos estratos nos podemos hacer una idea, finalmente son cincuenta, trescientos o trece mil años. Pero el tiempo astronómico es inconmensurable, humanamente nos hallamos excedidos, no sólo por su alcance, por su longitud o vastedad aritmética, sino porque astronómicamente no existe el tiempo lineal de los humanos occidentales, sino el espacio-tiempo. De este no es posible experiencia alguna, de hecho, las ficciones cinematográficas se construyen con la escenificación de esa experiencia imposible (por ejemplo en *Interestelar* de Christopher Nolan, 2014, el protagonista camina por el tiempo, esta es la ficción)

Aludir a esta escala astronómica para darnos una idea de la magnitud del pasado que no cabe en la historia, de su extraña cualidad o la escala no humana de comprensión no es hacer trampa, no es apelar a algo “no humano” para dar cuenta de un fenómeno humano, pues es justamente la autonomía respecto de lo humano lo que ha hecho posible lo imposible: la técnica.

Ante la extraña cualidad del pasado que no cabe en la historia, Sergio Rojas no nos propone “adorarle en silencio, como se hace con un dios”, ni menos una ingenua receta para su reinscripción en una historia que “debe” continuar. No recomienda nada. En este sentido su atención está puesta en un tipo de fenómenos que se vienen suscitando hace ya tiempo: la emergencia del registro de lo cotidiano (en la literatura, por ejemplo) como terreno en que la subjetividad ensaya con ese pasado que no cabe en la historia. Sostiene S. Rojas:

Cuando el pasado no deja de imponerse sobre el presente bajo la figura de lo pendiente, la frontera epocal entre el presente y el pasado no existe. Emerge entonces otro límite, una frontera que comunica el pasado personal, subjetivo, con lo que habría de ser ‘la historia’ sin más. Es decir, la historia comparece a partir de una articulación personal del pasado, porque la puesta en cuestión de las ‘narraciones maestras’ hace que la catástrofe se hunda en la cotidianeidad.

La noción de catástrofe refiere tanto la estatura descomunal del acontecimiento como su astillamiento en la cotidianeidad (2024, pág. 227).

Es sólo ingresando en la historia personal que es posible procesar como experiencia aquello que de otro modo acabaría perdiéndose como lo inenarrable o como aquello que ya no puede inscribirse en un artefacto que se llamaba la historia.

El autor repara en que es propio de la infancia percibir los hechos, incluso los más insólitos, como parte del orden de lo cotidiano, pero advierte: “esto no aminora lo que tales acontecimientos tienen de extraño, pues cabe pensar que en la infancia la experiencia del mundo implica un trato sostenido con lo desconocido y lo excepcional” (Rojas, 2024, págs. 264-265).

En tal sentido, podría concluir uno, quizá tenemos que asumir de una vez que hemos llegado –¿por fin?– a nuestra minoría de edad.

## Referencias

- Agamben, Giorgio. (2005). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III. Pre-textos*.
- Hobsbawm, Eric. (1994). *The age of extremes: The short twentieth century, 1914-1991*. Michael Joseph.
- Hobsbawm, Eric. (1999). *Historia del siglo XX*. Crítica.
- Hobsbawm, Eric. (2004). *El optimismo de la voluntad. Conversación con Antoine Spire*. Paidós Asterisco.
- Vuskovic, Sergio. (2006). *Un viaje muy particular. Comentario*. Valparaíso. Disponible desde: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4541546.pdf>